

Aprender, horizontes sin límites

El 13 de noviembre, en una de las salas de un gran hotel madrileño, D. Ricardo Díez Hochleitner hizo, en nombre del Sr. A. Peccei, Presidente del Club de Roma, la presentación del libro "Aprender, horizonte sin límites", que contiene el informe al Club de Roma, preparado por James W. Botkin, Mahdi Elmándjara y Mircea Malitza y que ha sido publicado en España por "Aula XXI-Santillana".

Nadie mejor que el propio Peccei para explicar las razones de la preparación de este informe, y por ello publicamos a continuación el prólogo del libro, debido a su pluma.

"La finalidad de este proyecto es poner en primer plano dos cuestiones entrelazadas que son fundamentales para la supervivencia y el desarrollo del género humano.

Una es si lo que llamamos *progreso* es quizás algo tan turbulento y fortuito que desorienta totalmente a la población mundial y la hace rechazar las oleadas de cambio que, para bien o para mal, dicho progreso suscita. La idea implícita en esta cuestión es que, aunque muy avanzados en otras dimensiones, los hombres y mujeres modernos son, hoy por hoy, incapaces de entender plenamente el significado y consecuencias de lo que hacen. Al no lograr comprender las mutaciones que originan en el medio natural y en su propia condición humana, cada vez están en peores términos con el mundo real. Esto es precisamente el *desfase humano*,

ya grande y peligroso, pero abocado casi inevitablemente a agrandarse aún más.

La segunda cuestión, por tanto, es si pueden controlarse las tendencias actuales y salvarse el desfase antes de que el *homo sapiens* acabe por incurrir en un sino trágico y grotesco. En orden a dar una respuesta positiva a semejante cuestión, debe asumirse que el ser humano posee aún recursos de imaginación y creatividad por utilizar, así como energías morales que pueden movilizarse para liberar al género humano de la difícil situación por la que atraviesa. Sin duda esto puede parecer una suposición arbitraria, pero a juicio de muchos de nosotros es perfectamente válida. El hombre medio, aun cuando pase necesidades y lleve una vida oscura, está dotado de una innata capacidad cerebral, origen de su capacidad de *aprender*, que puede estimularse e incrementarse mucho más allá de los relativamente modestos niveles actuales.

La pura verdad que estas consideraciones encierran es que cualquier solución que se plantee para hacer frente al desfase humano, al igual que cualquier garantía sobre el futuro humano, no puede buscarse sino dentro de nosotros mismos. Lo que precisamos todos es *aprender* a despertar nuestro potencial dormido y a utilizarlo en lo sucesivo con inteligencia e intencionalidad.

Estas cuestiones, y otras similares, no tienen nada de nuevo. Sin duda despertaron la curiosidad de nuestros antepasados en aquellos tiempos de menor complejidad en que vivieron. Hoy día, empero, son de una importancia extraordinaria debido a los igualmente extraordinarios desafíos planteados por el empuje y peculiar naturaleza de lo que hoy entendemos por progreso. Concebido como la culminación de la empresa humana, el progreso tiene la misión de acumular continuamente información y conocimientos, así como bienes y utensilios, para los cada vez más miles de millones de seres que pueblan la Tierra, a fin de que tengan la riqueza material y poder necesarios para domeñar la naturaleza y hacer más agradable su existencia. Cada grupo humano ha entendido esto como un mandato por el que lograr para su propio bienestar el mayor nivel de progreso alcanzable, sin desdeñar la posibilidad de derrotar a otros grupos humanos en su avance.

Durante largo tiempo, la humanidad creyó haber descubierto la pauta óptima para un desarrollo permanente y autopropulsado. Todos estábamos orgullosos de una civilización que sobresalía por unos descubrimientos científicos sin precedentes, una tecnología excepcional y una riada de producción en masa que traía a su paso unos niveles de vida más altos, la erradicación de las enfermedades, unas posibilidades de viajar jamás soñadas y unas comunicaciones audiovisuales instantáneas.

Pero, a la larga, comenzamos a caer en la cuenta de que por la indiscriminada adopción de esta pauta estábamos pagando, con harta frecuencia, unos exorbitantes costes sociales y ecológicos por las mejoras alcanzadas y hasta nos vimos inducidos a relegar a segundo plano las virtudes

y valores que son los fundamentos de una sociedad saludable, al tiempo que la esencia misma de la calidad de vida. Luego afloró la sospecha de que, aun con toda su grandeza, a la humanidad le faltaba cordura.

Seguidamente, en cuestión de una década más o menos, los motivos de alarma se multiplicaron. Síntomas que evidenciaban una situación precaria comenzaron a surgir por doquier. Lo que el Club de Roma denominó *la problemática mundial* estaba madurando. Redes de viejos y nuevos problemas que se refuerzan mutuamente, demasiado complejos para ser aprehendidos por los métodos analíticos vigentes y demasiado resistentes para ser abordados a partir de las políticas y estrategias tradicionales, se entrelazaban, con independencia de fronteras y se propagaban por todas las naciones de la Tierra, ya fuesen desarrolladas o no, cualesquiera que fuesen su régimen político y estructura social. En términos generales, mientras a primera vista el progreso continúa, la humanidad ha empezado a perder terreno, y en estos momentos atraviesa por una fase de declive cultural, espiritual y ético, si es que no existencial..., convirtiendo así el desfase en un abismo.

Aunque es prácticamente imposible trazar un mapa de esta complicada red de problemas o percibir los nudos más virulentos, hasta el pueblo llano advierte ya la inminencia de la amenaza. Advierte que un aumento de la agitación mundial y una escasez real o temida de recursos naturales no hacen sino exacerbar las tensiones políticas y provocar una escalada militar de proporciones demenciales, impidiendo el pacífico desarrollo; que en una política en la que el poder siempre tiene razón, el mito de la soberanía nacional no hace sino agravar las desigualdades existentes entre los Estados, en tanto que la injusticia social, junto con unas instituciones ineficaces y a menudo corrompidas, engendra la violencia civil, que rápidamente halla proyección a escala internacional; que unos entornos contaminados y deteriorados, además de emponzoñar nuestras vidas, arrastran la economía por una pendiente en unos momentos en que recesión e inflación confluyen ya en "estagflación", desempleo en creciente alza, frustración, más tensiones y alteraciones, etc.

Hay una necesidad desesperada de romper estos círculos viciosos y volver a poner a la humanidad en la marcha ascendente. Se requiere, pues, una iniciativa totalmente nueva, comparable, si bien de orden superior, a la que puso al mundo en la senda del progreso. Centrada en la misma gente, esta nueva iniciativa debe, como se ha dicho, tratar de desarrollar su más íntima capacidad latente de comprensión y aprendizaje, para que de este modo la marcha de los acontecimientos quede a la larga bajo control.

No necesita subrayarse la inmensidad de la tarea con que nos enfrentamos. Pero tampoco debemos dejarnos acometer por el desánimo. Por un lado, no hay otra forma de cambiar el sentido de una situación mundial que mejorando la calidad y preparación del hombre, y a ello, pues, debemos dedicar nuestros esfuerzos. Por otro, la gente del mundo entero, sobre todo los jóvenes, empieza a comprender que algo parecido deberá

hacerse sin dilación, lo que debe darnos el valor suficiente como para no titubear en nuestra empresa.

Por estas razones, este proyecto sobre el *aprendizaje* es oportuno y, caso de verse acompañado por el éxito, puede marcar un hito. El Club de Roma abrió un ciclo en 1972 con una provocativa presentación de los *límites exteriores* que reducen nuestras posibilidades de crecimiento material en un planeta finito. El ciclo se cierra ahora con este estudio sobre los *márgenes interiores* flexibles que, por el contrario, existen dentro de nosotros mismos y están preñados con la potencia de un progreso sin precedentes. El objetivo inmediato es hacer que participe un segmento lo mayor posible de la opinión pública en reflexiones y debates sobre las alternativas extremas que se vislumbran, y comprender que mediante la mejora de nuestra capacidad individual y colectiva para juzgar y elegir podemos encaminar el rumbo del hombre hacia un futuro más prometedor. El reconocimiento, finalmente, de cuánto es lo que de nosotros depende reavivará la confianza en el espíritu humano y nos aportará nuevos incentivos para la renovación de nuestras ideas y acciones con el fin de mantener este espíritu permanentemente vivo. Si las viejas generaciones se quedan atrás en este renacer, las más jóvenes recogerán sin duda la antorcha.

La formulación de este proyecto se encomendó a tres equipos y a una serie de consultores representantes de diferentes áreas culturales y de gran diversidad de disciplinas, convicciones y origen cultural. Los autores de este informe han realizado un excelente trabajo, pues no era nada fácil fundir la extensa gama de enfoques y opiniones propuestos (hasta el punto de tratarse por sí mismo de un verdadero experimento de aprendizaje). Estoy convencido de que todos cuantos han colaborado en este ejercicio aprenderán y se motivarán aún mucho más por las críticas y sugerencias que sin duda van a suscitar estas páginas en todos los confines del globo.

Y para concluir con una microadivinanza dentro de la macroadivinanza me limitaré a añadir que, llegados a este punto de la evolución humana, lo que necesitamos es aprender qué cuesta aprender lo que debemos aprender... ¡Aprendámoslo!”.

Roma, mayo de 1979

AURELIO PECCEI